

LA TARDE

Año XXVIII

Diario republicano

Número 7-575

FUNDADOR:

J. LÓPEZ BARNÉS

REDACCIÓN:

AVENIDA DE ALVARO DE ALBORNOZ

Lorca, Lunes 24 Agosto 1936

BANCO POPULAR DE LOS PREVISORES DEL PORVENIR

FUNDADO EL 14 DE JULIO DE 1926

CAPITAL: 30.000.000 de ptas.

Dirección telegráfica: "PREVIBAN"

Caa Central: Avenida Conde Peñalver, núm. 20. MADRID

SUCURSALES Y AGENCIAS: Alcalá de los Gazules, Alcázar de San Juan, Algemés, Alginet, Alhama de Murcia, ALICANTE, Almagro, Barcelona, Barruelo de Santullán, Belmonte, Benifayó, Bertanga de Duero, BILBAO, Brozas, Bullas, CADIZ, Cañaveral, Ceuta, Elche, Elda, Grado, Grao, HUÉSCA, Infiesto, JAEN, Jerez de la Frontera, Luanco, Manises, Mánóvar, OVIEDO, PALENCIA, PAMPLONA, Paredes de Nava, Puerto Lumbreras, SAN SEBASTIAN, Santa Cruz de Madela, SEVILLA, Socuéllamos, La Solana, TOLEDO, Tomelloso, Toro, Torrente, VALENCIA, Villafranca, Villarta de San Juan, VITORIA, Yecla, Zaragoza.

TIPOS DE INTERÉS

Desde 1º de octubre de 1935 y a virtud de la norma del Consejo Superior Bancario de observancia general y obligatoria para toda la Banca operante en España, este Banco no podrá abonar intereses superiores a los siguientes:

I.—CUENTAS CORRIENTES

A la vista..... 1,25 por 100 anual.

II.—OPERACIONES DE AHORRO:


- a) Libretas ordinarias de ahorro, de cualquier clase, tengan o no condiciones limitativas. 2,50 por 100 anual.]
b) Imposiciones: Imposiciones a plazo de tres meses..... 2,50 por 100 —
— a plazos de seis meses..... 3 por 100 —
— a plazo de doce meses o más..... 3,50 por 100 —

Regíran para las cuentas corrientes a plazo los tipos máximos señalados en esta norma para las imposiciones a plazo.

Realiza toda clase de operaciones bancarias y las especiales combinadas con los servicios de la Asociación «LOS PREVISORES DEL PORVENIR»

Sucursal en Puerto-Lumbreras:

Francisco García Carrasco, n.º 12. — Teléfono núm. 30



BANCO HISPANO AMERICANO

Capital autorizado: 200.000.000 Ptas
Capital desembolsado: 100.000.000 Ptas
Reservas..... 70.500.000 Ptas

PARA LA TARDE

El Ejército voluntario

Toda revolución necesita tener un ejército propio.

Un ejército para vencer a los enemigos de dentro. Un ejército para garantizar el triunfo de la revolución frente a los enemigos de fuera. Es innegable que en España la guerra civil fué promovida por el sector social que tuvo el poder político durante la monarquía y siguió disfrutando la hegemonía económica durante los cinco primeros años de República. Y es, asimismo, evidente que la guerra civil tiene que terminar con el hundimiento y la ruina del sector social que la ha provocado. En una palabra, la guerra civil representa una aceleración imprevista del ritmo de la revolución democrática. Así son los hechos, y así hay que aceptarlos, pues que la realidad los impone.

Pues bien, la revolución necesita organizar un ejército. Había de exigirle con apremio la conveniencia de que la guerra civil acabe cuanto antes, y lo demandaría la esencia misma del ciclo revolucionario que estamos viviendo. Pero es que, además, la guerra civil está ahí, dura, cruenta, con amenaza de hacerse crónica, si la República no organiza rápidamente la victoria.

Nadie puede discutir que la victoria es ya nuestra. Las primeras horas, creíamos vencer, por que una fe santa nos lo revelaba calladamente en el corazón; hoy sabemos ya que nadie puede arrebatarnos el triunfo. Nadie, excepto nosotros mismos, si careciéramos de unidad, previsión y disciplina.

El enemigo no duerme. Creyó primero que bastaba el pronunciamiento casi unánime y simultáneo de todas las fuerzas armadas del Estado, para que el gobierno y el pueblo se entregaran. No fué así; la República resistió gallardamente; el pueblo puso en torno a ella la muralla de sus pechos y sus brazos, la aviación, la escuadra y las fuerzas leales acudieron a la voz de su deber, y el enemigo perdió la primera batalla.

Pudo haberse rendido la sublevación, una vez fracasada la sorpresa. Preferió resistir aumentando el dolor, la miseria y el odio que asolan a España, y planteó la segunda batalla, pasando del pronunciamiento, al combate. Las tropas rebeldes se le rieron de sus cuarteles y de sus ciudades, cayendo, por diferentes caminos, sobre Madrid, sobre Extremadura, sobre Asturias. En la Sierra de Guadarrama, en Lueca, en Medellín, las milicias improvisadas, las fuerzas leales, la aviación gloriosa pulverizaron a las columnas enemigas, y el fascismo perdió su segunda batalla.

Era de nuevo la hora de rendirse, si quedara en ellos un átomo de patriotismo y de humanidad. Pero el enemigo no se rinde tampoco. Tiene armamento, mucho armamento; aun conserva algún dinero para comprar más, quizás recibe auxilios inconfesables de algunos tiranos extranjeros. Por eso piensa movilizar quintas y organizar rápidamente un ejército numeroso y pertrechado, para proseguir la guerra, con esperanza aún de hundir la República, de ente-

trar la democracia, de suprimir las libertades del pueblo.

Esa es la realidad, y así debemos plantearla si no queremos que nuestra imprevisión y torpeza nos pongan en trance de perder una guerra que tenemos virtualmente ganada.

Para la nueva etapa, no bastará el corazón, ni el entusiasmo, ni la abundancia de material guerrero. Hará falta, además, disciplina, organización, técnica, economía en el expendio de virtudes y en la distribución de elementos materiales; hará falta que cada arma esté en su sitio y cada suministro llegue a su hora; que el mando y la acción militar sean una sola y misma cosa; hará falta organizar la guerra: en una palabra, hará falta forjar el nuevo ejército de la República.

No digo que sin eso se perdiera la guerra y la revolución. No; hay a nuestro lado tanta cantidad de razón, de justicia y de ideal, que la República ha de triunfar necesariamente. ¿Pero a costa de qué sacrificio? ¿A costa de cuántas vidas y de cuánta miseria?

La acción espontánea del heroísmo miliciano triunfaría, dejando la tierra toda de España sembrada de cadáveres y regada con sangre de los héroes de la libertad. La República no quiere que los héroes mueran: quiere que vivan, luego de haber triunfado.

Por eso, porque es necesario asegurar la victoria, porque conviene acabar pronto la guerra, porque queremos ahorrar sacrificios y vidas de los leales, la República necesita organizar un ejército voluntario, salido del pueblo, al servicio del pueblo, si; pero que posea la disciplina, la organización y la técnica imprescindibles para obtener una victoria segura, rápida y económica, en bien de la República, de la Patria y de la Libertad.

FERNANDO VALERA

Por caridad, señores!

Salen nuestros lectores que a consecuencia de los tristes sucesos acaecidos el 16 del actual, murió en la pasada semana en el Sanatorio López de Teruel, el desgraciado Pedro García Manzanares herido el referido día.

Su pobre viuda Juana Sánchez Sánchez, al perder para siempre el apoyo del que fué su esposo, sufre la doble y dolorosa angustia de ver a su hijito que apenas cuenta dos años tan desamparado como ella lo está; sin medios, sin recursos de ninguna clase para poder atender a esa pobre criaturita a quien la fatalidad ha dejado huérfano de padre. Para mayor desdicha, la pobre viuda, próxima a dar a luz, verá en breve redoblados sus sufrimientos, con dos hijos, y sin el menor auxilio para sobrellevar la vida.

Ante situación tan dolorosa, «Juan del Pueblo» abre una suscripción en LA TARDE que encabeza con cinco pesetas, y ruega, suplica, pide por caridad a los lectores de este diario, a los lorquinos todos sin distinción de clase ni condición que contribuyan con lo que puedan a hacer menos amargos, menos dolorosos los días de esa pobre viuda y de su hijito, de

ese niño de dos años de edad que al dar sus primeros pasos por la senda de la vida, tanto dolor le vino a deparar la infausta suerte,

SUSCRIPCIÓN

para la viuda y el hijo de Pedro García Manzanares, muerto a consecuencia de los sucesos del día 16. «Juan del Pueblo» 5.00

(En la Redacción de LA TARDE, desde las 2 a las 6, se reciben todos los días donativos, sean de la cantidad que quieran).

La pequeña burguesía

El maestro y mártir del socialismo Juan Jaurés no se cansaba de repetir, dada la concepción que él tenía de una sociedad nueva, que la pequeña burguesía, en un elemental táctica de socavamiento del capitalismo, había de ser cuidada, mantenida, aprovechada, tomada como cimiento del mundo nuevo que se creara a base de una justicia distributiva lo más próxima posible a la equidad práctica.

Todavía, espíritus pecaos, se asustan al solo oír pronunciar «Confederación Nacional del Trabajo» o «Federa-